

Horacio Crespo

## POLONIA: NACION Y DEMOCRACIA EN EL SOCIALISMO REAL



“Los trabajadores polacos le deben al Partido Comunista de la URSS todo lo más valioso que poseen: libertad, independencia, desarrollo rápido de la industria y la cultura nacional, crecimiento de las fuerzas interiores (...) La ayuda fraternal, la amistad y el ejemplo del pueblo soviético ejercen una influencia decisiva en nuestra transformación histórica. La URSS da al mundo el ejemplo de nuevas relaciones internacionales entre los pueblos (...) caracterizadas por la alianza, la amistad fraternal y la colaboración mutua.”

Boleslaw Bierut, *Discurso ante el XIX Congreso del PCUS, 1952.*

—¿Qué miedo les dio en Francia ¿verdad?, cuando pensaron que Rusia iba a invadirnos...

—No me diga que usted no tuvo miedo.

—¿Yo? Tengo fe. Y cuando uno tiene fe todo resulta mucho más fácil.

—No es su fe lo que va a detenerlos.

—¿Sabe usted por qué no van a entrar? (*bajo sus bigotes hay una eterna sonrisa*) Porque saben que el polaco no es un gallina. ¿Y por qué se le ocurre que lo harían? (*Se dobla de risa.*) Los rusos son amigos nuestros, ¿no es así? usted y yo somos amigos, y usted no me tiene miedo. Cuanto más, podría darle un beso...

—¿Y si a pesar de todo entran?

—Algún día voy a morirme. Si me toca ahora, ni remedio.

—¿Se prepara Solidaridad para la resistencia?

—¿De qué serviría? Contra nosotros la fuerza es inútil. No le *llegamos* a la Unión Soviética. Militarmente seríamos vencidos; lo sabemos y ella también. Con o sin invasión, el problema es el mismo: ante cualquier imposición, dejaremos de trabajar. Pueden matarnos, pero no pueden obligarnos a trabajar.

Guy Stibon entrevista a Lech Walesa. 1981.

La reunión en Varsovia —que se efectúa en momentos de redactar este artículo— del IX Congreso Extraordinario del Partido Obrero Unificado Polaco tendrá amplias repercusiones en el desarrollo de uno de los procesos más inéditos, importantes y significativos de la escena mundial en la década recién iniciada y que por supuesto está llamado a tener gran trascendencia cualquiera sea su desenlace: la crisis nacional, de una dimensión casi catastrófica, que sacude a Polonia después de practicar durante más de tres décadas el “socialismo real” del que nos habló Rudolf Bahro.

Inédito no por la conmoción social y política que trasciende las fronteras polacas y amenaza la estabilidad de Europa del Este (ya acontecieron las experiencias de Hungría y la propia Polonia en 1956, y de Checoslovaquia en 1968), sino por el conjunto de elementos nuevos que en el origen mismo de la crisis han emergido y que no aparecieron, o no jugaron un papel relevante, en los hechos señalados. Es casi un tópico subrayar que los sucesos polacos, lo mismo que contemporáneamente aunque desde contenidos y situaciones muy distintas las elecciones francesas, actualizan la temática de las relaciones entre socialismo y democracia; lo es también remarcar que cuestionan radicalmente la esencia misma de los regímenes burocrático-totalitarios del bloque socialista y muestran ¡hasta qué extremos! la naturaleza de las relaciones existentes entre los países miembros del bloque y el he-

gemonismo soviético. Los movimientos anteriores, desde sus respectivas especificidades, lo habían hecho también. Lo nuevo es la forma adoptada en el proceso polaco por la contestación que progresivamente alcanza mayor profundidad en sus planteamientos y toca, en una espiral cada vez más amplia, casi todos los aspectos de la vida social hasta ahora cuidadosamente regimentados o al menos celosamente controlados por el Estado. Lo verdaderamente original es que, a diferencia de todas las demás experiencias renovadoras —por lo demás oportuna y brutalmente frustradas por la URSS—, *la fuerza motriz del proceso no se encuentra en determinado sector del Partido y del Estado sino en un movimiento autónomo de masas, fundamentalmente obreras, que enfrenta al régimen y obliga a una redefinición global —actualmente en curso— de las relaciones políticas y sociales, y a partir de la dinámica generada por su actuación motiva realineamientos y toma de posiciones en el seno del aparato dirigente sin perder por ello la iniciativa política y la capacidad de ampliar sus bases de sustentación social.*

### Stalin, el liquidador

Esta originalidad del proceso tiene raíces profundas en la experiencia histórica secular del pueblo y la nación polacos y, más específicamente, en el desarrollo del sistema socialista en el país. Es necesario aquí dejar de lado esa particular manera de ver Europa del Este que tiende a uniformar las características sociales y políticas de todos los países de la región tras el rótulo de “socialistas”, miopía curiosamente alentada tanto por panegiristas como por detractores o críticos a medias. El “hecho” nacional es una fuerza histórica plenamente vigente, a pesar de todos los esfuerzos para abolirlo o distorsionarlo (desde los procesos estalinistas y la “soberanía limitada” de Brezhnev hasta una eclesiástica que subsume toda diferencia en el “campo socialista” en la noche de las “burocracias” todos los gatos son pardos). La dinámica social revela tozudamente su presencia y la necesidad de contar con él como una de las claves mayores para la comprensión de los movimientos que emergen como respuesta a una crisis cada vez más ineluctable.

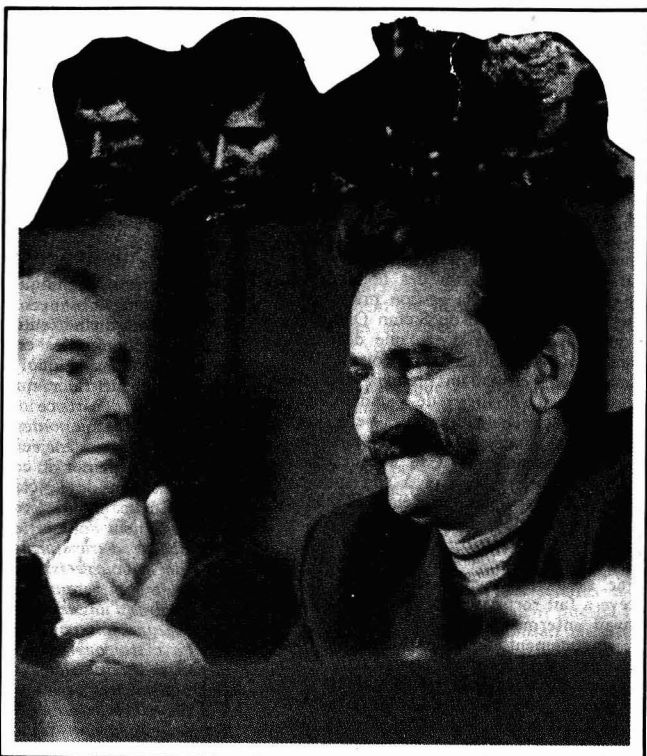
La nación polaca, es bueno recordarlo, tuvo una existencia dramática. Después de los tres repartos en la segunda mitad del siglo XVIII y su desaparición como estado independiente, y de una brutal opresión a lo largo del siglo XIX en la que los zares cumplieron el papel más decisivo, Polonia recuperó su soberanía al finalizar la Primera Guerra Mundial. El nacionalismo polaco, nutrido en la tradición romántica de resistencia de todo el siglo anterior, y que fue saludado hasta por Marx y Engels, volvería a sufrir una durísima prueba —quizá la más grave de todas— en 1939. El “cuarto reparto” fue fruto de una cláusula secreta del Pacto Molotov-Ribbentropp firmado en las vísperas del desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial; en efecto, pocas veces se recuerda que junto a la agresión nazi, el 17 de septiembre de 1939 dos cuerpos de ejército de la URSS atravesaron la frontera oriental de Polonia y ocuparon el territorio acordado el mes anterior, y que el 28 de septiembre un nuevo protocolo entre Hitler y Stalin sancionaba el “quinto reparto”, los frutos de la “victoria” y la desaparición de Polonia como estado independiente. Así pudo decir apropiadamente Molotov que la amistad ruso-alemana estaba “sellada con sangre”... de polacos, naturalmente. El cinismo del lugarteniente de Stalin se manifestó igualmente descarado cuando calificó a Polonia de “monstruoso aborto del Tratado de Versalles” halagando al chauvinismo nazi, o cuando bajo su inspiración *Pravda*, con su elegancia estilística habi-

tual, afirmaba que el gobierno polaco en el exilio en Londres “ejercía su autoridad sobre un territorio compuesto, pareciera, de seis recámaras, una sala de baños y un W.C.”. André Fontaine acota muy ajustadamente que el órgano del Partido Comunista olvidaba un ejército heroico, que participó en todos los teatros de la guerra y que Stalin se cuidó muy bien de masacrar doblemente: la oficialidad prisionera en 1939, desaparecida “misteriosamente” en 1940 y cuyos cadáveres fueron encontrados en fosas comunes del bosque de Katyn en 1943 por los alemanes y, por cierto, la resistencia insurrecta que desde agosto a octubre de 1944 enfrentó a los nazis en Varsovia mientras el ejército soviético suspendía inexplicablemente su ofensiva a orillas del Vístula y la retomaba después de que la insurrección fue aniquilada y la capital polaca era una inmensa ruina, “liberada” por los rusos en enero de 1945.<sup>1</sup> No solamente el ejército (instrumento básico del gobierno no comunista exilado en Londres), sufrió la política de Stalin; antes, en 1938, una resolución de la Komintern había disuelto y, lo que es más incalificable, *prohibido su reconstitución*, al Partido Comunista Polaco bajo la acusación general de “luxemburguismo” e infiltración imperialista y policial. La *purga* se abatió sobre los dirigentes refugiados en la URSS de la represión en su país: desaparecieron entre muchos otros Adolfo Warski-Warszawski, amigo de Lenin en los tiempos de Zimmerwald y Kienthal; Wicisław Bróński, también amigo de Lenin a quien había comunicado las nuevas de la Revolución de Febrero en Rusia; Maximiliano Walecki y Wera Kostrzewa. Gomulka, una de las figuras claves de la historia polaca contemporánea, salvó su vida —paradójicamente— por estar cumpliendo una condena en la cárcel de su país por su actividad revolucionaria radical en Silesia.

La agresión hitleriana a la URSS en junio de 1941 cambió ciertos aspectos de la política polaca de Stalin. Decidió que la nación polaca tenía derecho a la existencia y que los comunistas polacos podrían reorganizarse, claro está que con otro nombre. Władysław Gomulka se convirtió en uno de los más importantes dirigentes del nuevo Partido Obrero Polaco organizado clandestinamente detrás de las líneas alemanas y, a partir de noviembre de 1943, fue designado su secretario general. A la vez Stalin desconoció al gobierno de Londres y cuando le resultó posible, después de su éxito diplomático en la Conferencia de Teherán en 1943, organizó un Consejo Nacional y un Comité Ejecutivo instalado en Lublin que fue postulado como el “único poder legal ejecutivo de Polonia”. Bolesław Bierut, un viejo hombre de la Komintern superviviente de las purgas estalinianas, fue el presidente del Consejo Nacional y a partir de 1945 presidente de la república. Stalin también decidió acerca de las fronteras de la nueva Polonia: se quedó con su parte del “negocio” con Hitler, los bosques de Bielorrusia y los pantanos de Pripet, al confirmarse la línea Curzon como la frontera polaco-soviética; pero en compensación señaló la línea Oder-Neisse como la frontera occidental otorgando a Polonia todo el balcón hacia el Báltico y la ciudad de Dantzing (Gdansk). Reparación territorial a costa de la Alemania vencida y maquavélico cálculo estratégico ya que contaba, como se lo comentó a De Gaulle en 1944, con que esto impediría cualquier intento de reconciliación futura entre Alemania y Polonia. Stalin logró finalmente, pese a las resistencias de Churchill, el objetivo: los aliados occidentales sacrifican la legalidad del gobierno de Londres y aceptan la integración de un Gobierno Provisional de Unidad Nacional integrado por el Comité de Lublin y dirigentes democráticos de Londres, entre los cuales el más importante es Mikołajczyk, lí-

der del Partido Campesino Polaco.

Bierut fue un dócil ejecutor de las políticas dictadas por Stalin. Postergó las elecciones mientras la policía secreta, organizada bajo la supervisión del general soviético Iván V. Serov, arrestó a numerosos líderes de la oposición. Impulsó la expropiación de las propiedades rurales mayores de cincuenta hectáreas y la nacionalización de las empresas que empleaban más de cincuenta obreros. Con el Partido Obrero (comunista), el Partido Socialista Polaco y el Partido Democrático organizó el Bloque Democrático y persiguió violentamente al Partido Campesino, que había rechazado sumarse a la coalición. A pesar de todo esto, el partido de Mikolajczyk obtuvo el 84% de los votos en las elecciones generales del 19 de enero de 1947; los resultados "oficiales" die-



Mieczysław Jagielski y Lech Wałęsa

ron sin embargo al Bloque Democrático 382 de los 444 asientos en el Sejm (Parlamento). Bierut fue confirmado como presidente de la república, mientras Józef Cyrankiewicz, un pragmático socialista, era nombrado primer ministro. Estos fueron los orígenes, cuidadosamente supervisados por las tropas soviéticas, de la "democracia popular" en Polonia. Mikolajczyk, acusado de ser un "aliado de los imperialistas extranjeros", debió exilarse en el otoño de 1947 en Londres. Su partido fue definitivamente destruido y toda oposición organizada dejó de existir, salvo la Iglesia Católica.

Władysław Gomułka, secretario del Partido Obrero Polaco, compartió con Bierut la dirección del proceso de concentración política en manos comunistas o de aliados dóciles a ellos. Fue el impulsor fundamental de la compulsiva integración del Partido Socialista Polaco con los comunistas del Partido Obrero Polaco, que dio como resultado la formación en diciembre de 1948 del Partido Obrero Unificado Polaco (POUP). Sin embargo, antes de que esto cristalizara, Gomułka había ya caído en desgracia por "desviación nacionalista" en septiembre, siendo reemplazado en la cabeza del Partido por el mismo Bierut. La razón profunda de esa medida fue que Gomułka había observado algunas de las parti-

cularidades nacionales, se había opuesto a la colectivización forzada de la agricultura y hablaba favorablemente de la tradición socialista polaca. Además, en septiembre de 1947 se había opuesto a la línea soviética que auspiciaba la fundación del Buró de Información Comunista (Cominform), y a partir de junio de 1948, cuando la ruptura entre Tito y Stalin, se hizo marcadamente sospechoso de "titismo" y de pretender una "vía nacional polaca al socialismo" distinta del modelo soviético— con lo que su suerte política quedó echada. Excluido del Politburó en el Congreso fundador del POUP, Gomułka fue relevado de sus puestos estatales en enero de 1949 y en noviembre separado del partido. Finalmente, en julio de 1951 fue arrestado, pero muy digna y valerosamente —aún bajo peligro de su vida— rehusó admitir culpabilidad alguna en los cargos que se le achacaban.

La caída de Gomułka coincide con el año del "gran viraje" de la historia de las "democracias populares" de Europa oriental: 1948. La lucha entre Tito y Stalin, si bien significó el triunfo de la primera "herejía" comunista nacional, motivó el implacable cierre de la uniformidad opresiva estalinista sobre el resto de los países que permanecieron bajo la férula soviética. El ejemplo de Gomułka se repitió en todos los países, y particularmente Checoslovaquia, que había adoptado muy definidamente un programa nacional hacia el socialismo bajo la inspiración de Gottwald, fue duramente reprimida. Así, una ola de antisemitismo se extendió por el Este de Europa, el clima de la guerra fría presidió las decisiones (la más importante de todas: el rechazo del Plan Marshall por presión de Stalin por parte de países que, como Checoslovaquia, ya lo habían aceptado) y la represión se convirtió en el arma fundamental de gobierno. Los procesos tristemente célebres de László Rajk en Hungría, ejecutados por "titismo", y aún el más impresionante de Rudolf Slansky, ex secretario general del Partido Comunista Checoslovaco, fueron la culminación del terror stalinista y una muy penosa reedición de las grandes purgas soviéticas de la década de los treinta en sus objetivos y en su metodología.<sup>3</sup> Como señala muy bien François Fejtő, en 1948 y también en 1952 existía otro camino posible para el este europeo: "Era el camino de la democratización del comunismo, la tendencia a consolidar las estructuras socialistas por medio de concesiones reales a las aspiraciones nacionales y liberales de la población, por medio de la realización de las 'virtualidades democráticas del socialismo'".<sup>4</sup> Pero el proceso de Slansky, abierto el 22 de noviembre de 1952, inmediatamente después de la apoteosis de Stalin en el XIX Congreso del PCUS, fue impulsado por "las tendencias más reaccionarias y más imperialistas de la burocracia soviética contra las tendencias autóctonas reformistas y nacionales"<sup>5</sup>, la estalinización de las democracias populares abrió también el signo de la satelización y la liquidación de las vías nacionales al socialismo se dio la mano con la ruptura de cualquier expectativa democrática, por mínima que ella fuese. La burocratización y la centralización, unidas a la implacable represión, propia del modelo soviético, junto con la monótona uniformación ideológica, fueron el molde de la "construcción del socialismo" desde Berlín hasta Sofía.

En Polonia, donde la sovietaización había llegado a extremo de "protectorado" con el nombramiento en 1949 del mariscal soviético Konstantin Rokossovsky como ministro de Defensa de... Polonia, se aprobó en julio de 1952 una constitución hecha bajo el modelo de la soviética de 1936, y la represión llegó a su punto culminante en septiembre de 1953, cuando fue detenido el cardenal Stefan Wyszyński, primado de la Iglesia Católica polaca, moderado pero a la vez firme

opositor al régimen. La muerte de Stalin en junio de ese año, las violentas luchas por el poder entre Khrushchev por un lado, Malenkov-Beria por otro y Molotov y Kaganovich sosteniendo la herencia de ortodoxia del "Padre de los Pueblos", abrieron un nuevo y complejo período en los países de Europa oriental y por supuesto en Polonia. Como señala Fejtő, una de las razones principales de la confusión de ese momento "se halla en el hecho de que la influencia de la Unión Soviética no se ejercía de un modo coherente. En la práctica, cada uno de los clanes rivales del Kremlin pugnaba por situar y proteger a sus propios agentes en las democracias populares"<sup>6</sup>. Resultado de ese espinoso proceso es un relativo camino de liberalización emprendido por la dirección polaca a partir de la desertión de José Swiatlo, alto empleado de Seguridad, a los Estados Unidos en el otoño de 1953, que produce un escándalo con sus revelaciones en torno a la infiltración policial en el aparato del Partido y del Estado. El 7 de diciembre de 1954 se disolvió el Ministerio de Seguridad Pública y se despromovió a su titular Stanislas Rankiewicz, el principal ejecutor de la represión en Polonia. Se liberaron millares de presos políticos y se liberalizó la censura, que había sido muy cuestionada en junio de ese año por el Congreso de Escritores. Desde 1953 se había reducido también el ritmo de la industrialización y disminuido notablemente la parte de la renta nacional dedicada a la inversión (de 25% en 1953 a 19% en 1954). Bajaron los precios de los artículos de más directo consumo popular y una cierta mejoría en las condiciones generales de vida parecieron aliviar un tanto la presión. Sin embargo, en el contexto general de la desestalinización, Polonia fue el país que la llevó a cabo más lentamente y con menor intensidad.

La lógica política de la desestalinización tenía en Polonia nombre y apellido: Wladyslaw Gomulka, quien es liberado de la prisión a fines de 1954. El 27 de mayo de 1955 Khrushchev, acompañado de Bulganin y Mikoyan, cumple un gesto espectacular: viaja a Belgrado y subraya la reconciliación con Tito en un comunicado final firmado el 3 de junio que inaugura la posibilidad de un camino pluralista y policéntrico en el mundo comunista: "Fidelidad a los principios de respeto mutuo y de no intervención en los asuntos interiores por cualquier clase de motivos, sean de carácter económico, político o ideológico, porque las cuestiones de organización interior, las de los diferentes sistemas sociales y las de las diferentes formas de desarrollo socialista conciernen únicamente a cada uno de los países individualmente considerados", rezaba la declaración. En Occidente, Togliatti será el primero en encabezar esta corriente y en no cesar de desarrollarla. El 24 de febrero de 1956, en su famoso "informe secreto" al XX Congreso del PCUS, el dirigente soviético hará el juicio decisivo a los crímenes de Stalin, conmocionará rotundamente la monolítica estructura del mundo comunista, y acelerará el proceso de cambio político en los partidos y países del campo socialista. Para el mayor estalinista polaco el informe tendrá, curiosamente, un efecto literalmente mortal: Bierut, después de escucharlo, sufre un ataque y muere en Moscú el 12 de marzo. Una nueva etapa política comienza en Polonia.

### Gomulka: los años de la decepción

El nuevo secretario del Partido, Edward Ochab, junto con el premier Cyrankiewicz, promueve un plan para el retorno de Gomulka al poder. Pero imprevistamente las masas polacas irrumpen en la escena: el 28 de junio de 1956, en Poznan, los obreros de la fábrica de vagones de ferrocarril declaran una

huelga que se generaliza rápidamente, y una manifestación de más de 50.000 personas demanda pan, libertad, elecciones y la partida de los soviéticos. La represión cuesta cincuenta muertos y muchos heridos y la tensión política aumenta en el país. No constituía el primer choque en los países del bloque, ya que en junio de 1953 los obreros de Berlín habían protagonizado luchas violentas contra las tropas soviéticas, generalizadas luego a otras ciudades de la República Democrática Alemana, y en Checoslovaquia los obreros de la fábrica Skoda, en Pilsen, habían manifestado contra el local del Partido llevando retratos de Benes, el último presidente demócrata. Pero todas estas reacciones, incluida la de Poznan, no superaron la dimensión de un estallido espontáneo que, si bien iluminaban como un relámpago la situación imperante, no alcanzaban la organicidad requerida para la constitución de una oposición de gran aliento.

Con el mundo sacudido por la crisis de Suez, la Unión Soviética pudo aplastar efectivamente el desafío mayor constituido por la experiencia reformista de Imre Nagy a la cabeza del Partido Comunista Húngaro, que fue —además— completamente desbordada por las masas populares. Hungría demostró los estrechos límites dentro de los que se movía la desestalinización khrushchevita, dispuesta a aceptar caminos nuevos allí donde ya habían sido experimentados —como era el caso de Yugoslavia— pero de ninguna manera en el territorio estratégico reservado que constituían las democracias populares. La disolución del Cominform, en abril de 1956, gesto de buena voluntad hacia el Mariscal Tito, no llegaba a contrabalancear la firma en mayo de 1955 del Pacto de Varsovia y mucho menos la entrada brutal de los tanques del Ejército Rojo en Budapest.

En ese marco se desarrolló la crisis polaca de 1956. En el momento capital, la noche del 19 al 20 de octubre, en la que un no invitado Khrushchev aterrizaba en Varsovia para discutir la situación con el Politburó polaco y varias divisiones rusas avanzaban sobre la capital, un recién rehabilitado Gomulka logró convencerlo de que la situación era controlable y que la experiencia reformista que planteaba como proyecto no alteraría en forma alguna la permanencia de Polonia en el mundo comunista. En el fondo lo esencial consistía en que, más allá de los sucesos de Poznan, el reformismo polaco discurría dentro de los órganos del Partido o de organizaciones controladas, a diferencia de lo ocurrido en la Hungría de Nagy, del círculo Petöfi y de militares como el coronel Pal Maleter, que no ofrecía ninguna garantía de control, moderación y especialmente alineación con la URSS. La sangría de Budapest, y aún la posterior ejecución de los principales líderes, incluido Nagy (1958), permitió un reformismo más dócil y ordenado, con paternalismo hacia las masas, y sustantivamente *prosoviético*, encarnado por Kadar, y que fue la versión húngara —más exitosa, por cierto— del gomulkismo polaco.

Gomulka abandona el principio de la dirección colectiva y centraliza en sus manos todo el poder. En espera de reformas radicales el apoyo popular es generalizado. Y en verdad las más opresivas políticas del estalinismo fueron abandonadas: disminuyó el terror, se terminó con la persecución a la Iglesia Católica y la colectivización forzosa de la agricultura fue desechada. Sin embargo, la libertad intelectual permaneció muy restringida, lo que desilusionó a un sector fundamental del bloque reformista de 1956 (se puede mencionar, por ejemplo, el impacto del *Poema para adultos* de Adam Wazyk en el momento álgido de la campaña por la rehabilitación de Gomulka), y tampoco se abordaron cambios sustanciales en la orientación económica, lo que desalentó a la

enorme mayoría. Pero aún se pensaba que estas limitaciones eran el resultado de las presiones de Moscú. Cuando, luego del XXII Congreso del PCUS, Khrushchev lanza su segundo gran embate contra el estalinismo, Gomulka desaprovecha la ocasión para impulsar una nueva fase del proceso reformista y la situación de Polonia queda estancada. Es a partir de este momento, a comienzos de los sesenta, que el apoyo popular a Gomulka declina rápidamente. En marzo de 1968 estudiantes e intelectuales producen serias manifestaciones y protestas en Varsovia y otras ciudades y la tensión política crece nuevamente en el país. Reunido el V Congreso del Partido en noviembre del mismo año, el dirigente sobrevive a la crisis y es reelecto primer secretario, pero su poder político ya muestra claras señas de estar seriamente lesionado y

era su aureola de hombre capaz de ser escuchado por el pueblo. En 1971, junto con el primer ministro Piotr Jaroszewicz, que había sucedido a Cyrankiewicz, definió su programa sobre dos coordenadas: modernización de la economía y desarrollo de la democracia socialista. Iniciada su gestión bajo el aliento a los sentimientos nacionalistas del pueblo mediante la reconstrucción del Castillo Real, destruido por los alemanes en 1944 y símbolo de la nacionalidad en la vieja Varsovia, y a través del coronamiento de la obra de Gomulka en lo relacionado a las fronteras con Alemania, Gierek emprendió un ambicioso plan de reestructuración industrial basado en créditos occidentales. La nueva estrategia fijada en el VI Congreso en 1971 se caracterizaba por un incremento muy rápido de las inversiones productivas y del empleo industrial



sus rivales en la dirección del Partido lanzan campañas populares de descrédito. Intentando superar la situación, Gomulka ensaya nuevas políticas, una de las cuales, la reconciliación con Alemania Federal, logra un éxito espectacular en diciembre de 1970 con la visita a Varsovia del canciller Willy Brandt y el reconocimiento de la línea Oder-Neisse como la frontera occidental del país. Pero, en ese mismo momento, la adopción de reformas radicales para aumentar las inversiones industriales acompañadas de un aumento enorme en los precios de las subsistencias populares más importantes desataron el 14 de diciembre huelgas y protestas en los astilleros de Gdansk, Gdynia y Szczecin, en la costa del Báltico. Reprimidos duramente por la milicia, acusados de "contrarrevolucionarios", los obreros sufren cuarenta y cinco muertos y más de mil heridos. Así, el 20 de diciembre el Comité Central destituyó a Gomulka y excluyó a él y a sus partidarios del Politburó. Edward Gierek, de origen minero, silesiano, lo reemplaza. Un primer momento del reformismo polaco había terminado en el más absoluto de los fracasos.

#### **Las ambiciones de Gierek: hacia un socialismo "de la abundancia"**

El principal capital político de Gierek en diciembre de 1970

destinada a descongelar lo que el analista Boyer llama "la hibernación económica" de Gomulka<sup>8</sup>. Las inversiones industriales aumentaron a un ritmo de 24.8% anual de 1971 a 1975, contra el 11.2% del período 1966-1970. El incremento del empleo fue de 1.8 millones de nuevos puestos, y los salarios aumentaron en el primer quinquenio de Gierek como nunca antes en la historia polaca de postguerra: 7.2% de media anual contra 2.1% anual entre 1966-1970. Pero, contradictoriamente, todo ese crecimiento se acompañó de un descenso muy marcado en el ritmo de aumento de la oferta de bienes y servicios, lo que contribuyó a desatar un fuerte proceso inflacionario.

La industrialización acelerada del plan Gierek se financió con el recurso sistemático del crédito extranjero, que generó una enorme deuda externa. La apuesta de la Polonia de Gierek de reembolsar la deuda en función de concurrir a los mercados occidentales en buena posición, dado que se contaba con energía y fuerza de trabajo relativamente baratas, se perdió por dos razones: la primera, que a partir de 1973 la crisis occidental estrechó mucho esos supuestos mercados; la segunda, que la industria polaca no alcanzó en tan corto tiempo los niveles de calidad y costos que realmente la hicieran competitiva. El balance de la experiencia fue que había ge-

nerado desequilibrios agudos y que el dinamismo real resultaba enormemente costoso: Polonia cedió a la tentación del gigantismo industrial y la cuenta resultó muy onerosa. Por otra parte, la agricultura siguió en un nivel muy atrasado, con un muy fuerte minifundismo y escasa mecanización: un buen índice es la fuerza motriz utilizada: un millón doscientos mil caballos contra la mitad de tractores. Para fomentar la producción y la tecnificación se debían aumentar los precios, pero atendiendo al descontento que este tipo de medidas producía en la población urbana, decisiva políticamente, se recurrió al expediente del subsidio que actualmente representa la enorme carga de la mitad de los gastos presupuestarios. La inflación recibió así nuevos alientos. Finalmente, burocracia y corrupción cerraron el círculo que resultó en una crisis de dimensiones mayores.

Esta comenzó a revelarse como potencialmente muy grave en junio de 1976, cuando el primer ministro Jaroszewicz anunció un aumento de precios que ocasionó una nueva ola de huelgas, especialmente en los suburbios de Varsovia, en la fábrica de tractores Ursus, y en la ciudad de Radom, donde los obreros de la fábrica General Walters protagonizaron manifestaciones en gran escala y el 25 de junio tomaron y saquearon el edificio del Partido. Se reprimió pero con cierta indecisión y, según un observador directo, "la situación comenzaba a recordar extrañamente el estado de degradación que había caracterizado los últimos años de la era de Gomulka"<sup>9</sup>. De junio a enero de 1977 la crisis se agudizó y abiertamente se comenzaban a barajar nombres para la sucesión de Gierek. Este tomó la contraofensiva y el 2 de febrero de 1977, en un mitin efectuado en la misma fábrica Ursus, anuncia un perdón para la mayor parte de los autores de los disturbios, "para aquellos que demostraron su arrepentimiento y prometieron no reincidir". El mismo día, en una carta dirigida a los obreros de la planta General Walters de Radom, Gierek reclamaba ser un fiel defensor del diálogo con los trabajadores: "Nuestro Partido escucha siempre con atención la voz de las masas; en cuanto a mí, otorgo personalmente la mayor importancia a la opinión de la clase obrera".

La amnistía decepcionó por no ser amplia como se reclamaba, y por la demora con que se adoptó. Esta última obediencia a la dura lucha interna que los sucesos de junio de 1976 desataron en el seno de la dirección del POU. Dos líneas la escindían frontalmente: la primera era la de aquellos dirigentes que minimizaban la lucha obrera y pensaban que la tarea más urgente consistía en restaurar la autoridad del Estado, aún recurriendo a la fuerza; la segunda, con Gierek a la cabeza, consideraba como un hecho muy grave el que se profundizara un foso entre los obreros y el Partido. El primer secretario empuñó toda su fuerza y su responsabilidad personal en el asunto, y en noviembre de 1976 en un viaje a Moscú consiguió hábilmente el apoyo del Kremlin para su política. De regreso a Varsovia despromueve a sus contendores del Politburó y fortalece su tendencia con el apoyo de Stefan Oldzowski, uno de los miembros más jóvenes de la dirección, proveniente de la responsabilidad de asuntos estudiantiles y que luego se había encargado de la propaganda y de las relaciones internacionales con gran eficiencia. Gierek recurrió a remozar el aspecto del programa de 1971 que peor suerte había corrido: el desarrollo de la democracia socialista. La "consulta" a los obreros, que había degenerado en caricatura (en junio de 1976, antes de adoptar el alza de precios, se había hecho discutir en las fábricas durante un día la medida, que el gobierno había durado en aplicar cinco años y los expertos tardaron meses en poner a punto), trató de to-

mar cuerpo. También se afirmó que "el refuerzo de la autogestión obrera es un gran deseo de la dirección del Partido", pero Polonia no es Yugoslavia y todos los observadores pronosticaron un fracaso. Los sindicatos continuaban siendo ajenos a las demandas de mejoramiento de las condiciones de vida y de trabajo efectuadas por los obreros, pese a que el programa de 1971 colocaba como un punto importante el cambio de estilo en el accionar de estas organizaciones. El papel de los consejos obreros, pálido reflejo de aquellos actuantes en 1956 y 1970, tampoco se acrecentó. En definitiva, y a pesar de los intentos de Gierek, la vida pública no acusó cambios considerables y la apelación —en la que el cine cumplió un papel importante— a relaciones de mayor sinceridad entre el poder y los ciudadanos no encontró mayor eco. En ausencia de verdaderas estructuras de participación o de control obrero, y con una situación económica más y más amenazadora, resultaba claro que cualquier conflicto social "duro" degeneraría más o menos rápidamente en tumulto o motín.

En materia económica, si bien se afirmaba la continuidad de la línea del VI y VII Congresos en cuanto al crecimiento acelerado, se adoptaron medidas de reforma denominadas con el eufemismo de "maniobra específica", por las cuales se bajaba la tasa del ingreso nacional dedicada a la acumulación del 32% en 1975 (una de las más elevadas de Europa del Este, junto con las de Rumania y Albania) a 27.4% en 1977 y 26% en 1978. Las inversiones, del 132% tomando en conjunto el lapso de 1970 a 1975, descenderían a un 43% de 1976 a 1980. Finalmente, para desalentar la demanda y disminuir la inflación, los salarios tendrían una progresión menor: 16 a 18% entre 1977 a 1980, contra 40% entre 1971 a 1975. Se planeaba también reequilibrar la balanza del comercio exterior que en 1976 había acusado un déficit de más de 2.000 millones de dólares. De esta forma se tendería, junto con la disminución de las inversiones, a estabilizar la deuda externa que ya ascendía a 15.000 millones de dólares. Sin embargo, todas estas medidas no alcanzaron a aclarar la situación, que en términos generales continuó empeorando en los años siguientes.

La verdadera significación de la crisis de 1976 fue la de demostrar la existencia de un vasto potencial contestario, no solamente entre los obreros sino también entre amplios círculos intelectuales, y que por primera vez desde 1956 la oposición presentaba inicios de organización en la que confluían ambos sectores<sup>10</sup>. Pero a diferencia de aquella oportunidad, ahora la organización en gestación se efectuaba no dentro del Partido o en sus prolongaciones, sino en total independencia y con marcadas tendencias a la crítica global y frontal. El otro signo muy inquietante para el régimen fue la incorporación a estos medios de grupos católicos, generalmente más prudentes, y una tendencia a la confluencia, a cierto diálogo, entre opositores de signos ideológicos hasta el momento bastante antagónicos. Efectivamente, la lucha obrera marcó la aparición de un grupo, el Comité de Defensa Obrera (KOR), entre cuyos principales dirigentes se cuentan intelectuales de tradición marxista como Jacek Kuron y Adam Michnik por un lado, y Josef Lipski, importante escritor católico, por el otro. Además, la propia jerarquía católica efectúa un viraje: manteniendo la tradicional posición de propagar la fe, preservar y ampliar la libertad de culto y salvaguardar en una fe común la unidad de la nación como tareas esenciales, en la semana de la cultura católica efectuada en mayo de 1977 se produce un notable acercamiento con los intelectuales "ateos", y el propio Cardenal Wyszyński los anima a "defender los valores culturales de la nación".

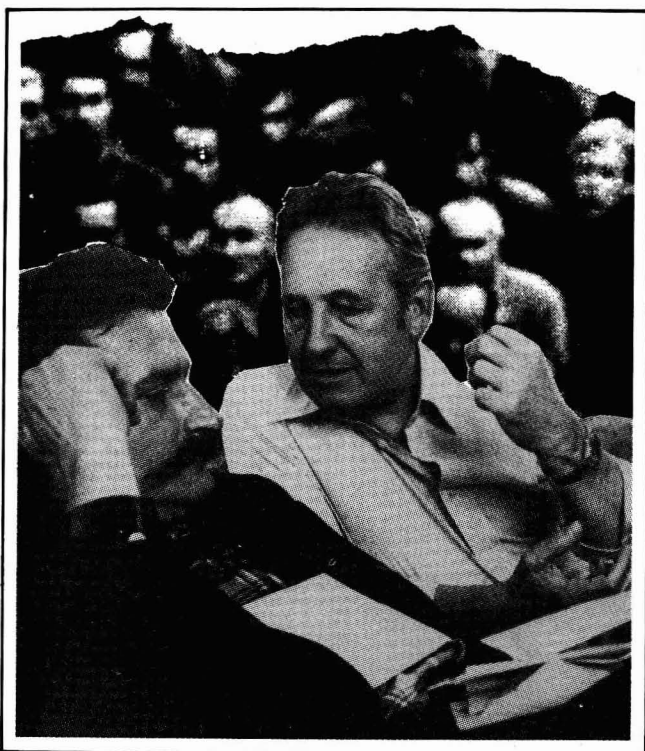
Como contrapartida, Adam Michnik en su libro *La Iglesia, la izquierda y el diálogo*, publicado en París en el mismo año, se autocritica del desconocimiento manifestado en el pasado por la izquierda marxista del papel desempeñado por la Iglesia contra el "poder totalitario" y busca encontrar un terreno común con ella. En este doble proceso, el catolicismo devino un poderoso factor de unidad sin llegar a enfrentarse frontalmente con el Estado. Como señaló un especialista austríaco en asuntos polacos, Martin Pollack: "En la confrontación entre la burocracia del Partido y los combatientes por los derechos cívicos hay un gran ganador: la Iglesia Católica. Sin luchar ella misma, se ha afirmado como una fuerza contra la cual nadie puede gobernar Polonia. Por su actitud abierta y crítica ella ha 'integrado' de hecho a todos los

tolericismo, con una enorme importancia dada al rito mariano y al culto de los santos, y oponiéndose al racionalismo teológico como fuente del progresismo eclesiástico. La elevación de Juan Pablo II al trono vaticano tuvo una inmensa repercusión en el afianzamiento de la dignidad y el orgullo nacional del pueblo polaco, reafirmado con la visita del Papa en junio de 1979, que concentró multitudes de un fervor religioso y nacional enorme.

### Los tiempos de Walesa

A partir de julio de 1980 la crisis eclosiona nuevamente, y son los mismos protagonistas de las luchas que llevaron a la caída de Gomulka los actores del enfrentamiento con Gierek: los obreros de Gdansk, Gdynia y demás centros industriales del Báltico<sup>12</sup>. El objetivo del movimiento se desliza rápidamente a una reivindicación de marcado tono político: la aceptación por parte del Estado del agrupamiento de los trabajadores en un sindicato autónomo. El líder, Lech Walesa, un obrero electricista cesante, pasa a ser considerado en pocos días como la cabeza nacional de la oposición al régimen. En el astillero Lenin, en Gdansk, ocupado por los huelguistas, la puerta decorada con flores se engalanaba con la bandera blanca y roja de Polonia y la azul y blanca de la Virgen María, encuadrando la imagen de la virgen negra de Czestochowa y el retrato de Juan Pablo II unidos por una manta que reclamaba "libertad para los presos políticos". Una gran banderola coronaba el conjunto: "Proletarios de todos los países, unios". No podría existir mejor definición ideológica del movimiento que este aparentemente confuso conjunto, en el que las exigencias democráticas aparecen identificadas con la tradición, el sentimiento y el orgullo nacional, y en el que el lema marxista desmiente rotundamente el "antisocialismo" rápidamente endilgado por el poder. La huelga del Báltico se extiende a todo el país y Gierek recibe el golpe decisivo cuando los mineros de la región de Katowice, en Silesia, su fundamental base de apoyo, se pliegan a las exigencias del Báltico. El gobierno vacila entre resistir o aceptar las exigencias populares, y finalmente firma un acuerdo en Gdansk reconociendo los pedidos obreros. El 1 de septiembre se retoma el trabajo en el Báltico y el día 6 Gierek es reemplazado por Stanilaw Kania. Nuevamente la lucha popular terminaba con un proyecto reformista que había demostrado su completa incapacidad para resolver los problemas de la nación y del pueblo y que sumergió a Polonia popular en "la crisis más grave de su historia", según la definió el nuevo primer secretario.

El movimiento generado en los astilleros del Báltico inauguró una dialéctica desconocida en los países socialistas: las relaciones entre un Estado y un Partido acostumbrados a detentar el monopolio de las actividades políticas y a regimenter el movimiento social casi en su totalidad, y un organismo de masas —el recién nacido sindicato "Solidaridad"— que representa en su seno las tendencias más variadas pero que en su calidad esencial, la autonomía respecto de los poderes establecidos, concentra el punto más crítico de esas sociedades: el ansia de democratización de todos los aspectos de la vida política y social. Punto doblemente sensible para el poder, ya que si por un lado implica el cuestionamiento de las estructuras básicas del régimen en lo interno, por el otro apunta al desarrollo de la contradicción fundamental de todo el bloque socialista, definida por Fejtö como "la contradicción que brota entre el hegemonismo *sui generis* (por ser, a la vez, imperialista e ideológico) de la URSS y la tendencia natural de los partidos y Estados comunistas a



Walesa y Andrei Wajda

intelectuales críticos, sin por ello abrir un conflicto con el régimen"<sup>11</sup>. Actitud compartida con Gierek, que lucha contra los "duros" de su partido para evitar un enfrentamiento abierto con la jerarquía, pese a que reiteradamente se opone a la posibilidad de un viaje al país del Papa Pablo VI.

El 16 de octubre de 1978 un hecho singular complicó, indirectamente, la situación polaca. El cardenal Karol Wojtyła, obispo de Cracovia, era elegido Papa por el cónclave reunido en Roma luego de la imprevista muerte de Juan Pablo I. La elección rubricaba el éxito pastoral del episcopado polaco conducido por Wyszynski, del que las cifras estadísticas son testimonio irrecusable: más del 90% de los habitantes proclama ser creyente, en 1938 existían 7.257 iglesias, en 1978 más de 14.000, cada una de las veintisiete diócesis del país tiene su seminario, no hay crisis de vocaciones religiosas, existen 20.000 sacerdotes y 30.000 clérigos. Polonia envía permanentemente misioneros al Tercer Mundo. Este éxito había sido obtenido siguiendo una línea tradicional, conservadora: "No soy político, ni diplomático, ni reformador" era la definición que de sí daba el Primado, que además se había batido junto a la tendencia conservadora en el Concilio por el mantenimiento del latín en la misa y había orientado a su iglesia por un modelo muy tradicional de ca-

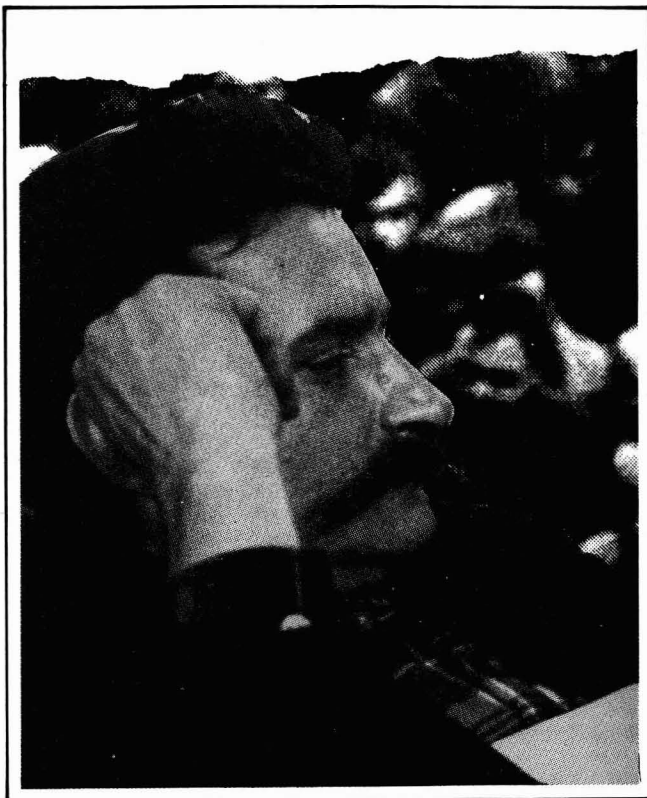
conquistar o recuperar su autonomía interna y externa”<sup>13</sup>.

Inmediatamente de los acuerdos de Gdansk, que terminaron la primera fase del movimiento, se inició una etapa tensa caracterizada por la extensión del movimiento autonomista sindical a todo el país y a todos los sectores sociales y por la batalla por su reconocimiento legal. En torno a estos objetivos del movimiento popular se desarrolló una compleja lucha interna en el partido, dividido en ese momento en dos grandes tendencias: los que se oponían radicalmente a concesiones, especialmente hacia campesinos y estudiantes, y trataban de minimizar o liquidar lo conseguido en Gdansk, y aquellos, encabezados por Kania, que intentaban abrir una nueva etapa de reformas apoyándose en las tendencias moderadas del sindicato para limitarlas lo más posible y aislar a los radicales que en el movimiento pugnaban por profundizar el cuestionamiento y la politización explícita. Esta segunda corriente entablaba —además— una lucha suplementaria muy difícil, una “vía dolorosa” que han debido seguir todos los reformistas, por tibios que fuesen sus objetivos, desde Gomulka a Dubcek: convencer al Kremlin de la viabilidad de sus intenciones, de las prendas de estabilidad que otorgan, de la seriedad de las garantías que ofrecen de inmovilismo estratégico.

Kania ganó su primera batalla en la reunión del VI Pleno del Comité Central efectuada el 4 y 5 de octubre<sup>14</sup>. La lucha fue tan áspera que un comentarista afirmó que: “Jamás en la historia de los partidos comunistas en el poder un comité central ha dejado ver públicamente tal desunión”. Los responsables de la gestión de Gierek fueron duramente juzgados. Tejchma, un ex miembro del Buró Político hasta el VIII Congreso de febrero de 1980, desplazado por Gierek, planteó el “acto de acusación”: “el Camarada Kania —dice— jugaba cada semana el papel de Catón en el seno del Buró Político y decía, durante los últimos años, que no iba más, que todo marchaba de peor en peor, que nos dirigíamos a la catástrofe. (...) El camarada Olszowski emprendió después de 1976 la profundización del análisis de la situación económica. El resultado fue que se le acusó de urdir un complot contra el gobierno y el primer ministro. Los camaradas Barcikowski y Pinkowski lucharon en el seno del buró político para dar un lugar adecuado a la agricultura. Los camaradas Kania, Olszowski, Barcikowski y Pinkowski cayeron en desgracia”. El primer secretario de la región de Gdansk, Fiszbach, es el único que plantea una visión de gran vuelo respecto del proceso; para él las huelgas fueron “movimientos de autodefensa autónomos de hombres que quieren tener el derecho de que el poder les diga la verdad (...) Los sindicatos independientes deben ser más y más considerados como una garantía de estabilización de la vida pública. Aunque nuestro partido no haya estado en el origen de su creación, es en estas nuevas organizaciones donde se encuentran las mayores posibilidades de encontrar hoy las condiciones de participación activa de las fuerzas vivas de la nación en la vida pública”. Kania a su vez, apoyándose en la corriente más avanzada, pero también moderándola, se ubica en una posición centrista que refleja todo su programa de gobierno; acepta la evolución señalada por los acuerdos de Gdansk pero también condena “a los enemigos del socialismo que quieren la lucha política, sembrar la inquietud, propagar la demagogia y la anarquía”. Propone un plan de acción inmediata que consiste en un ordenamiento de la actividad económica mediante el aumento de las importaciones de alimentos de los países socialistas y la detención, en favor de la agricultura, de las inversiones en el sector industrial. En lo político su plan se centra en reformas democráticas en la ac-

tividad partidaria, libre elección de los dirigentes, voto secreto en el Comité Central, convocatoria del congreso extraordinario, refuerzo de la autogestión y de los poderes del Parlamento, moralización de la vida política y castigo a la corrupción.

El pleno de octubre sancionó un delicado equilibrio político entre las diversas tendencias, que si bien permitió sortear los momentos más críticos de la legalización de Solidaridad (otorgada finalmente por la Corte Suprema el 10 de noviembre al aceptar los estatutos sin modificación con la anexión, según propuesta del sindicato, de una parte de los acuerdos de Gdansk en la que se acepta el papel dirigente del POUP y el mantenimiento de las alianzas exteriores de Polonia) pa-



ralizó casi totalmente la política del Partido.

Un nuevo plenario del Comité Central confirmó en diciembre la orientación de Kania hacia “la construcción de un amplio frente de las fuerzas responsables aliadas para la democratización socialista y el combate contra la anarquía”. Inequivocamente el primer secretario orienta toda su estrategia en lograr un acuerdo con la corriente moderada de Solidaridad, conducida por Walesa, que le permita sortear la oposición en su propio partido a las transformaciones y ganar apoyo de masas para proponer una tercera etapa de reformas —sucesora de las de Gomulka y Gierek—, centradas por el momento en sortear la coyuntura más que en una estrategia de largo plazo. El proceso interno en el partido acusa la enorme complejidad del momento, y junto a la precaria mayoría de Kania, especialmente en el Comité Central, los “duros” se organizan en el “círculo de Katowicz” mientras que los reformistas más decididos rompen con la sacrosanta ley de la verticalidad y establecen una coordinación horizontal de células en Torun, lo que ocasiona alarma en la dirección y en los soviéticos. En los propios reformistas moderados y centristas aparecen claramente dos tendencias: aquellos que aceptan los hechos consumados pero están dispues-

tos a poner rápidamente un límite a las transformaciones, y los que sin impulsar por sí mismos la profundización del proceso quieren actuar con pragmatismo evitando enfrentamientos y tratando de encausar el proceso para evitar desbordes que decidan la intervención soviética.

En el seno de Solidaridad y aún del KOR el corte entre moderados y “duros” también se fue delineando, y se hizo presente en los momentos de mayor tensión: en el sindicato, como una tendencia proclive en todos los hechos a forzar el enfrentamiento con el Estado, y en el KOR buscando un grado de definición política no compatible con los límites reales actuales del proceso y que llevó a Kuron a afirmar tajantemente que “El KOR ha sido, es y será una institución



social y no un partido político”<sup>15</sup>. Estas tendencias en el movimiento popular han surgido como resultado de su propia dinámica interna, pero están absolutamente vinculadas al proceso paralelo en el Partido. De allí que las corrientes reformistas moderadas se entrecrucen entre ambas instituciones y que la estrategia de Kania apunte muy realísticamente en el sentido de desarrollar aún más esa integración. El nombramiento, en febrero, del general Wojciech Jaruzelski como primer ministro, conservando a la vez el cargo de ministro de Defensa, fue un paso para reafirmar la estabilidad del Estado en el momento en que arreciaba una nueva crisis con Solidaridad por la lucha de los campesinos por la sindicalización, pero también una maniobra política que dio a los moderados partidarios de afianzar las reformas la caución del ejército en el desarrollo de su proyecto. La iglesia, aunque conmovida por la enfermedad y muerte de Wiszynski, el gran artífice de los laboriosos y sucesivos acuerdos entre sindicato y poder, sigue siendo sin duda el gran aglutinador y la fuerza de fondo que puede permitir el desarrollo de la estrategia de los moderados de ambos bandos.

Es posible entonces hablar de que en Polonia existe un gran frente nacional integrado por Solidaridad, sectores di-

rigentes del Estado y del POUP y la Iglesia, que desde sus respectivas intencionalidades y objetivos, coincide —al menos coyunturalmente— en una profunda renovación de la vida nacional que tenga como eje la democratización amplia —política, social, cultural— fundada en una adecuada recuperación económica. La gran incógnita de la apuesta renovadora polaca, como lo fue en su momento para la húngara y la checa, es la actitud soviética: ¿es posible que, apoyada en este amplio frente, una dirección moderada pero consecuentemente reformista a la cabeza del POUP logre el visto bueno soviético para llevar adelante este proyecto inédito de transformación del socialismo “real”? La respuesta depende, obviamente, de numerosas variantes, de las que son fundamentales el grado de control del POUP sobre el proceso, la aparición de “contagios” en otros países del Este o en la propia URSS y la evolución de la confrontación Este-Oeste, especialmente en el teatro europeo.

La URSS estuvo atenta desde el mismo comienzo de la crisis. Un comunicado conjunto del 31 de julio de 1980 firmado por Brezhnev y Gierek en Crimea señalaba la honda preocupación soviética por las huelgas ya en curso en el Báltico y por las manifestaciones antisoviéticas del día anterior, que con ocasión del 36 aniversario de la insurrección de Varsovia cubrieron de flores la tumba simbólica de los muertos de Katyn en el cementerio militar de Powazki<sup>16</sup>. A partir de los acuerdos de Gdansk, la prensa soviética desató una campaña centrada especialmente en los elementos “antisocialistas” de Solidaridad en un primer momento, pero que luego se extendió contra todo el movimiento. En octubre, en plena lucha por el reconocimiento legal de Solidaridad y también en momentos de delicado equilibrio en el interior del POUP, el “halcón” estealemán Erich Honecker lanzó un “fraternal ofrecimiento de ayuda” a los compañeros polacos y se comprometió a la defensa del socialismo en Polonia. En boca del patrón de Berlín, la “ayuda” y la “defensa” tenían un inequívoco sentido intimidatorio, reafirmado —en el bizantino estilo de la política del Este— por el hecho recordado por todos de que fue Ulbricht el campeón de la intervención “fraternal” en Praga en 1968. Ceausescu, al que una actitud de firmeza nacional no exime de ser el duro heredero de una férrea dictadura (junto con Albania siguieron la tradición, paradójica, de “estalinismo nacionalista” como los llama Fejtő), manifestó en noviembre frente a un pleno del Comité Central romano que “si una acción apropiada hubiera sido emprendida a tiempo y si una actitud firme hubiera sido adoptada contra los elementos y las fuerzas antisocialistas, los acontecimientos que conocemos no se hubieran producido”<sup>17</sup>. Kirilenko, uno de los jefes soviéticos más importantes, visitó Praga en ese entonces, después de insistentes versiones de “contagios”, de consejos obreros en las regiones mineras y de severas represiones aunadas a divergencias en la dirección del partido respecto a las actitudes a adoptar. Se habló de inquietud obrera en Hungría. Y en la propia URSS, Brezhnev, en el pleno del Comité Central reunido en octubre, testimonió una preocupación nueva: la necesidad del mejoramiento del nivel de vida y las condiciones materiales de la población. A la vez, los sindicatos soviéticos presentan desde septiembre un sesgo nuevo en su propaganda, insistiendo en el aumento de la producción como base para mejorar las condiciones de vida y no como un fin en sí mismo, y mostrando cómo muchas de las exigencias de Solidaridad (sin mención directa de ellas, por supuesto) son “viejos logros” del socialismo en la URSS. Sin duda, el fermento del Báltico es un elemento de una creciente preocupación por la estabilidad interna de todos los régi-

menes "socialistas", y el fundamento —como lo fue en todas las experiencias renovadoras anteriores— de una fuerte presión de los miembros de la "comunidad socialista" al "partido guía" para poner orden y realinear a los disidentes.

Los soviéticos parecieron inclinarse por la presión fuerte en diciembre. La Casa Blanca, y los dirigentes europeos reunidos en Luxemburgo, denunciaron las maniobras soviéticas en las fronteras polacas como un claro indicio de las intenciones intervencionistas inmediatas. La NATO garantizó fuertes represalias no militares contra una eventual acción soviética; el mensaje fue inequívoco (al menos, todo lo inequívoco que puede ser en las circunstancias actuales de la alianza occidental): Polonia no es Afganistán. La entrada del Ejército Rojo en Polonia supondría automáticamente un congelamiento inmediato de las relaciones con la URSS, en todos los terrenos, en una palabra, el fin de la maltrecha *détente* tan cara a Moscú. La presión, y seguramente por una estrategia independiente de las amenazas occidentales, disminuyó a fines de 1980. Sin embargo, bajo otras formas, retornó a partir de marzo y se hizo muy fuerte con motivo de la carta del PCUS dirigida al POUP en junio. En ella los soviéticos dejaban absolutamente en claro los límites tolerables del proceso, en una intervención descaradísima en los asuntos internos de otro país que contenía, además, una advertencia respecto al posible uso de "otros medios" si esos límites son sobrepasados. La reciente visita de Gromyko a Varsovia, en vísperas del IX Congreso, pareció contener el doble aspecto de subrayar la importancia que concede la URSS al desarrollo de la situación polaca, junto con el mantenimiento de un compás de espera, de una "cuota de confianza" a la dirección de Kania respecto a su capacidad de control de la situación.

Desde la perspectiva soviética, la cuestión polaca se maneja en un amplio campo de posibilidades, cuyos límites formales son en un extremo una intervención "restauradora" de la situación anterior a las huelgas del Báltico, y en el otro la "findanización" de Polonia, con plena libertad para desarrollar su régimen interno, pero sin alterar el equilibrio estratégico de fuerzas entre los bloques<sup>18</sup>. Ambas perspectivas me parecen ilusorias y ajenas a las intenciones y posibilidades soviéticas. La primera, porque aún en sus manifestaciones más brutales, la intervención soviética siempre se montó en un ala "renovadora": en 1956 los tanques no repusieron a Rakosi, sino que aprovecharon la traición de Kadar a Nagy para encarar una transformación "estable"; en 1968, la defección de Husak y los nacionalistas eslovacos del campo de Dubcek fue la coyuntura aprovechada para la invasión, pero no para la reinstalación de Novotny sino para constituir un poder dócil y no comprometido con el régimen anterior. La segunda, porque si bien este tipo de salida resultaría beneficioso para la estrategia europea de la URSS, que combina el chantaje de los SS20 con las cínicas propuestas de paz y distinción *ad usum* de neutralistas y capitulacionistas; no resultaría tolerable para los restantes miembros del Pacto de Varsovia y aún, a mediano plazo, para su propia estabilidad interior.

Las posibilidades soviéticas reales se mueven en un círculo más restringido y parecen reducirse, por el momento, a ejercer presión sobre el centro moderado de Kania para evitar un desborde incontrolable de la situación, mientras se especula con un desgaste del proceso que permita la reconstitución de una fracción "dura" que eventualmente podría encargarse de la represión interna con pleno aval soviético. El dilema para los rusos es que los "duros" en Polonia (al estilo del general Moczar) son "nacionalistas" y esto presen-

giaría un nuevo tipo de dificultades, poco deseadas por el Kremlin. En cuanto a la intervención directa, como en Hungría y en Checoslovaquia, además de las complicaciones internacionales realmente graves que traería aparejada, se torna problemática por la magnitud de la resistencia que engendraría en la propia Polonia, lo que implicaría una nueva aventura que sumada a la de Afganistán ocasionaría un riesgo de desgaste sumamente severo. Sin embargo, las características del régimen soviético hace que no se deba descartar esta posibilidad: no debemos olvidar que los "halcones del Kremlin", a diferencia de los de Washington, tienen las manos libres de Congresos, opinión pública, prensa, etc.

Lo que sí es definitivo es que el desarrollo de la perspectiva democratizadora en un país socialista necesariamente conlleva la exacerbación de la contradicción nacional con el hegemonismo soviético, y que —al margen de plazos más o menos prolongados, dictados por consideraciones tácticas nacionales e internacionales— no es posible una resolución de la "cuestión democrática" en los socialismos "realmente existentes" sin un claro y efectivo enfrentamiento con la opresión de Moscú. Nuevamente la resolución conjunta de "cuestión nacional y cuestión democrática" aparece como la condición necesaria de el logro de una sociedad más justa, digna y plural.

18 de Julio de 1981

#### NOTAS

1. Sobre esta fase de las relaciones Polonia-URSS, ver el artículo André Fontaine, "L'heure de saint Nicolas" en *Le Monde, Sélection Hebdomadaire*, 1671, 28 agosto-3 septiembre 1980.
2. Ver el anterior artículo de Fontaine y, muy especialmente, el libro de Fernando Claudín, *La crisis del movimiento comunista internacional*, Tomo I, París, Ruedo Ibérico. En 1949 el POUP justificó la liquidación del Partido Comunista Polaco por "infiltración" de agentes enviados por Pilsudski, es una muestra suplementaria de la sumisión a Stalin. En 1954 se reclamó a Khrushchev y el XX Congreso rehabilitó al partido desaparecido. Sobre el proceso de rehabilitación ver Fejtő, François, *Historia de las democracias populares*, Tomo I, *Los acontecimientos*, Barcelona, Ediciones Martínez Roca, p. 84.
3. Sobre estos procesos ver: Fejtő, F., *op. cit.*, Löbl, Eugen, *La revolución rehabilita a sus hijos*, Madrid, Ediciones Península, y London, Arthur, *La confesión*, Madrid, Ediciones Ayuso. Los dos últimos son testimonios directos de dos funcionarios checos procesados y condenados.
4. Fejtő, *op. cit.*, I, pág. 33.
5. *Id.*, I, pág. 35.
6. *Id.*, I, pág. 31.
7. Citado por Fejtő, *Id.*, pág. 70. El subrayado es de F. F.
8. Boyer, Michel, "Les fausses manoeuvres de la gestion économique", en *Le Monde, Sélection Hebdomadaire*, 1661, 28 agosto-3 de septiembre 1980.
9. Para la crisis de 1976, en sus aspectos económicos y políticos, ver Manuel Lucbert, "La Pologne après l'épreuve", *Le Monde, Sélection Hebdomadaire*, 1479, 3-9 marzo 1977. La cita textual corresponde a este artículo.
10. Para la estructuración de la oposición, ver: Manuel Lucbert: "La Pologne entre la miel et le vinaigre", *Le Monde, Sélection Hebdomadaire*, 1499, 21-27 julio 1977.
11. Citado por M. Lucbert, *id.*
12. Una buena cronología y descripción del movimiento obrero de Solidaridad en Potel, Jean Yves, *Scènes de grèves en Pologne*, París, Stock, 1981.
13. Fejtő, F., *op. cit.*, Tomo II, pág. 10.
14. La crisis del POUP en Bernard Guetta, "Le P.C. polonais désespéré", *Le Monde, Sélection Hebdomadaire*, 1666, 2-8 octubre 1980.
15. *Le Monde, Sélection Hebdomadaire*, 1663, 13-19 septiembre 1980.
16. *Le Monde, Sélection Hebdomadaire*, 1657, 31 julio-6 agosto 1980.
17. *Le Monde, Sélection Hebdomadaire*, 1668, 16-22 octubre 1980.
18. André Fontaine, *op. cit.* También es muy importante para apreciar la política soviética: Michel Tatu, "L'économie d'une guerre?", en *Le Monde, Sélection Hebdomadaire*, 1677, 18-24 diciembre 1980.